

AVENTURA EN EL ENTRESUEÑO

ÁLVARO MUTIS

Entrevista con Javier Aranda Luna



Es infrecuente que un notable poeta sea también un magnífico novelista. Álvaro Mutis forma parte, desde hace tiempo, de esa rara estirpe. En esta entrevista (hecha originalmente para el programa de radio "Vuelta al aire") Mutis aclara cómo entre su producción poética y en su narrativa hay, más que rupturas, una suerte de vasos comunicantes en los que persiste, finalmente, la mirada del poeta. Pero además de reflexionar sobre algunas de sus obsesiones literarias también expone su entusiasmo por los regímenes monárquicos, que son, para él, en última instancia, sistemas democráticos.

JAVIER ARANDA LUNA: Llama mucho la atención, en su trabajo literario, el amplio registro que abarca: escribe, por igual, poemas y novelas. ¿Cómo decide que determinado personaje, imagen o idea le servirá más para un poema que para un texto en prosa?

ÁLVARO MUTIS: Cuando me pongo a escribir nunca pienso si hago poesía o prosa. Simplemente escribo. Con mis libros *Caravansary*, *Los emisarios* y *Crónica regia* me di cuenta, después de haberlos terminado, de que tenían algo más que el puro elemento narrativo y en realidad eran una serie de poemas en prosa. Le cuento esto para que vea que nunca he hecho una separación muy consciente, muy estricta, entre la poesía y la prosa en mi trabajo. Si alguien lee con cuidado mis siete novelas y mis narraciones cortas, y revisa mi poesía, verá que en ella están presentes todos los paisajes, todas las obsesiones, todas las derrotas, todas las supuestas victorias, las dichas —por fugaces que sean— de los personajes de mi mundo narrativo. En mi poesía sencillamente está todo: lo que he hecho es dar a mis narraciones otra andadura, más oportunidad para manifestarse. Desde luego, Maqroll el Gaviero no podía faltar. Pero este personaje, que me acompaña desde hace tiempo, tenía en mi producción poética una función más bien de alter ego, mientras que en la prosa narrativa empezó a vivir por su cuenta, a construir su propio presente y a tener su pasado individual. Pero le repito: aunque mis novelas y poemas compartan no pocas atmósferas y personajes, no hay en mí una diferencia muy marcada entre prosa y poesía.

J.A.L.: Es cierto: a la luz de su poesía reunida en la *Summa de Maqroll El Gaviero* se pueden distinguir fácilmente elementos que después surgieron en sus novelas. ¿Por qué no nos da un ejemplo contrario: de una notoria presencia de la poesía en alguna de sus novelas?

A.M.: No sé si recuerde, pero en *Amirbar* hay un momento en el que Maqroll se encuentra en la caverna de una mina de oro. Desesperado de estar en ese subterráneo oscuro, empieza a llamar a los poderes, a lo dioses, a las fuerzas del mar de donde él surgió y que le han signado la vida. Después de escribir ese llamado de angustia del Gaviero, cuando revisaba en la noche los originales, me di cuenta de que en realidad había escrito un poema, que lo que había hecho era, sencillamente, un poema en versículos muy claramente definidos. Y así lo dejé, formando parte de la narración. Este es un buen ejemplo de mi situación frente a los dos géneros.

J.A.L.: Es claro que en su caso existen muchas correspondencias entre ambos géneros pero su mundo literario surgió de la poesía.

A.M.: Sí, los críticos franceses que se han ocupado de mis obras, han explicado las cosas como ellos suelen hacerlo: diciendo que mi poesía, desde un principio, ya era narrativa. No creo que con eso se avance mucho, pero en fin.

J.A.L.: Por lo que comenta ¿podríamos decir que en toda su producción narrativa se encuentra una mirada o, mejor, una intención poética?

A.M.: Sí, absolutamente. No hay una sola página, no hay un sólo párrafo de las novelas que he escrito que no esté pensado como si fuera a hacer un poema. Eso esta muy bien anotado de su parte. Es decir: siempre que escribo, mi actitud secreta, interna, es la de seguir haciendo poesía. Pero claro, como estoy metido en las narraciones, en los episodios, en las experiencias de mis personajes, tengo que hacerles caso y contar lo que les sucede, pero con la actitud íntima de que no dejo de escribir poesía.

J.A.L.: Ya sabemos que Maqroll vive y sobrevive por cuenta propia y que sólo en un principio fue, para usted, una especie de alter ego. Pero ¿no seguirá com-

partiendo con usted la mirada del poeta de la que nos habla?

A.M.: Evidentemente. Tiene que ver con la manera como recibe las cosas, el mundo, los seres; cómo lo afectan y cómo los interpreta. Mire, le voy a contar a ese respecto una experiencia que me sucede con mucha frecuencia: cuando leo en público la *Oración de Maqroll* —poema que escribí en 1947— siempre pienso: ¡pero aquí está todo Maqroll!; ¡para qué me puse escribir novelas, qué pérdida de tiempo tan absurda, aquí está todo, su rebeldía, su invocación a Dios, su capacidad de vivir en los sitios más humildes recostado en las gradas de una casa infame! Dígame usted si eso no es de *Ilona llega con la lluvia* o de cualquiera de mis novelas.

J.A.L.: En su oración, Maqroll le pide a Dios que no olvide su rostro. ¿Usted escribe para que no lo olviden?

A.M.: Maqroll es un personaje que viene de regreso de experiencias terminales, liquidadoras, donde siempre estuvo al borde de perder la vida. Intenta eso que todos intentamos: luchar contra el paso del tiempo y contra el olvido, por eso le pide a Dios que, por lo menos, Él lo recuerde. Respecto a mí debo decirle que escribo, primero, para no olvidarme a mí mismo, para saber quién soy, para conocer a ese ser secreto que escondemos en la rutina de todos los días. Pero también escribo para que me quieran mis amigos, como dijo alguna vez Gabriel García Márquez, y para compartir con mis lectores mis obsesiones, mis paisajes, mi cuota de mundo que he pasado a la poesía.

J.A.L.: Y para Álvaro Mutis ¿qué es la poesía?

A.M.: Dar una definición de la poesía es muy difícil pero creo, sin embargo, que el poeta es visionario o no es poeta; la poesía es una visión del mundo, de las cosas, de los seres, del destino y de nosotros mismos. Pero se trata de una visión que está hecha en lo que llamo la otra orilla, el otro lado del mundo donde todo debe ser claro y tener sentido de totalidad. Por supuesto, nunca se alcanza ese ideal: todo poema es un ensayo, un fracaso, el testimonio de lo que no se logró, de ese anhelo por pasar a la otra orilla. Pero el que un poema sólo sea el intento fallido para dar una visión totalizadora, no le quita mérito alguno. El esfuerzo por lograrlo hace que valga la pena.

J.A.L.: Es un testimonio vital y, obviamente, si es un testimonio de la vida lo es de la muerte....

A.M.: Sí, pero es un testimonio trascendente, profundamente trascendente: es, nada menos, el testimonio del hombre en el mundo. La poesía debe tener la condición de oración, de invocación, de maldición. Tenemos que estar en cada poema plenamente comprometidos con nosotros mismos y con esa visión, repito, del revés de la medalla.

J.A.L.: ¿Y cómo sabe cuando a un poema ya no le puede quitar ni añadir nada, cuando ya dijo lo que podía decir?

A.M.: Le voy a repetir una frase de Paul Valéry: un poema no se termina jamás, se interrumpe. Cuando trabajo en un poema hay un momento en el que siento que, si sigo modificándolo, lo voy a destruir, a convertir en palabrería. Es en ese instante en el que, torturado por la autocrítica, me doy perfecta cuenta de lo que dejé de decir, de su forma incompleta pero a la que no puedo agregar ni quitar nada. Simplemente es lo que puedo hacer, y ahí queda.

J.A.L.: ¿No será que esa frustración le provoque la necesidad de llevar algunas de sus obsesiones al terreno narrativo?

A.M.: Es muy posible que esa frustración que me va dejando la poesía trate de resolverla en la prosa, en la narración, en el desarrollo de un destino de los personajes. Pero aunque así sea, también con eso me engaño: es la razón por la que trato de nunca leer un libro mío cuando ya está publicado. No encontraría sino debilidades, errores, perezas inconfesables por no haber desarrollado las cosas que estaban ahí latentes. Es horrible.

J.A.L.: Por la relación de sus novelas, por las aventuras de Maqroll que recuperan ¿puedo pensar que planteó su narrativa como una gran metáfora de la vida?

A.M.: Nunca tuve esa intención. Nunca escribí una línea con ese propósito. Claro, después de escribir varias novelas me he dado cuenta de que en su conjunto sí existe una suerte de metáfora del hombre aunque la haya armado de manera inconsciente. En mi narrativa muestro, sin pretenderlo, la necesidad de toda aventura: los ganadores de la vida siempre terminan, al fin del camino, con las manos vacías, igual que los perdedores pero estos últimos se quedan, pese a todo, con la experiencia. Eso no ocurre con los ganadores: el sabor de la victoria no les permite saber quienes son ni qué pasó pues viven ahogados en la gloria. No es extraño que yo sea partidario y defensor de los perdedores, de los que saben qué cosas ocurrieron como es el caso de Maqroll. Tiene razón: el conjunto de mis relatos puede verse como una metáfora de la vida.

J.A.L.: Esa metáfora de la vida como una aventura ¿no encierra otra similar sobre su quehacer literario?

A.M.: Siempre lo he creído. Cada vez que me siento frente a ese potro de tortura que es la máquina de escribir, me doy cuenta a cada instante de que lo que emprendo es una aventura de la que al comienzo sé muy poco. Los esquemas previos, los apuntes, desaparecen en el curso de la escritura. Nada de ellos queda, siempre surge lo inesperado, la vuelta de la esquina que nos depara lo que no conocemos. También he aprendido a tener fe, por supuesto, en esas apariciones que brotan de repente y que ni siquiera había vislumbrado. Cuando uno escribe hay que dejar fluir lo desconocido, escucharlo con atención en el momento

preciso: no antes ni después porque de nada sirve. Tengo muchas libretas con varios de esos instantes atrapados a destiempo; de ellos he utilizado muy poco. Fíjese qué ironía: esos apuntes sirven para saber que no sirven. Pero matizo esto último: el sólo rechazarlos implica el reemplazarlos por otras cosas.

J.A.L.: Hace un momento habló del potro de tortura que significa la máquina de escribir. ¿Escribe a máquina sus poemas?

A.M.: El caso de la poesía es distinto al de la narrativa. Hago primero el poema a lápiz con una caligrafía absurdamente indescritible, porque a veces me representa más trabajo descifrarla que volver a escribir. Los poemas en un principio son sobre todo señales, vagas imágenes.

J.A.L.: ¡Imágenes!

A.M.: Sí. En poesía generalmente parto de una imagen que me surge de repente. Le doy un ejemplo para ser más claro: En mi libro *Homenaje y siete nocturnos*, el primer nocturno habla de la creación poética. Ese poema me vino de una imagen que tuve en un hotel de París. Mi esposa se quedó leyendo hasta avanzada la noche. Yo me había quedado dormido y de pronto abrí los ojos y vi la luz de la lámpara, una luz vaga en esa habitación oscura. La luz luchaba contra las paredes y la oscuridad. Al contemplar eso en el entresueño pensé que así era la poesía: una lucecita luchando contra lo oscuro. Al día siguiente escribí el poema.

J.A.L.: Es indudable que un verdadero poeta o un verdadero narrador dice cosas importantes. Esto nos acerca a la cuestión del escritor como alguien que puede definir su posición intelectual de cara a la sociedad...

A.M.: ¡Ay del escritor que se convierte en intelectual y se siente con la supuesta responsabilidad de mejorar la vida del hombre, de enderezar el destino torcido de los individuos, de pensar que tiene que estar comprometido con una tarea social o de rescate de sus semejantes! La poesía no tiene nada que ver con ese tipo de misiones políticas, tal vez filosóficas o sociológicas. Siempre me he defendido de esos compromisos porque creo, como Borges, que la política puede ser una de las formas de la superficialidad. Entonces, para mí, esa historia de los intelectuales participando en las gestiones de los gobiernos y dando su dictamen en un terreno que no les corresponde y no saben manejar, es una de las cosas más patéticas de nuestro tiempo. Cuando Thomas Mann escribió el *Doctor Faustus*, o *La montaña mágica*, aportó una visión del mundo muchísimo más importante y trascendente que lo que dijo en todos sus artículos sobre política, por buenos e inteligentes que hayan sido. Si la obra literaria está escrita con verdad, con honestidad y en ella sólo decimos lo que presentimos que somos y la forma como vemos el mundo, tiene mucho más importancia que cualquier

discurso político sobre algo que mañana no sabremos qué será.

J.A.L.: Bueno, pero eso no excluye que usted tenga una opción política que le interese.

A.M.: Mire, la opción política que más me interesa es imposible en el mundo de hoy. Siempre se sonríen cuando la expongo pero no importa. Creo que tuvimos un buen momento en el mundo cuando existía la monarquía absoluta. Había un orden y un sistema tal que permitió al hombre ser plenamente libre de la manera más noble que podría ser. Desgraciadamente, esto, los mismos hombres se encargaron de destruirlo. Debo decir, sin embargo, que hay una excepción notable al respecto: me refiero al Rey de España. Es un hombre con una visión política y un compromiso con su condición de monarca realmente ejemplares.

J.A.L.: Pero España también es un régimen democrático.

A.M.: Toda monarquía finalmente es un régimen democrático. Los reyes se escogieron para defender al pueblo y a las personas de origen humilde de la voracidad de los nobles. Esa era la función del rey y muchos monarcas la cumplieron cabalmente. San Luis Rey de Francia, por ejemplo, mi santo patrono, fue un hombre que toda la vida luchó ferozmente contra la rapacidad de los barones y en favor de los necesitados y de los menos protegidos. Y cuando digo ferozmente hablo de salidas muy violentas para un santo. Ahora eso ya no existe: a partir de la Revolución Francesa y del triunfo y la imposición del racionalismo como sistema para vivir y para interpretar al mundo, estamos perdidos. Hemos perdido la fe en lo mítico, en el lado oscuro que todos tenemos y de donde salen las verdaderas soluciones. Hoy en día una de las cosas más terribles del mundo, a mi juicio, es la conspiración contra la persona, contra el individuo; cada día somos más un rebaño y las computadoras se van a encargar de generalizar totalmente esta situación y de implantarla como un sistema. Espero ya no estar para entonces.

J.A.L.: ¿Cree que esto alejará aún más a las personas de la poesía?

A.M.: No, yo creo que el último hombre que exista sobre la tierra, lo último que hará será recordar un poema.

J.A.L.: Para terminar ¿por qué no nos habla de lo que está trabajando?

A.M.: Actualmente trabajo en un libro que lleva un título en latín: *XII carmine contra gentiles*. El título —que no el libro— sigue un poco una obra de Santo Tomás de Aquino. Se trata de una serie de poemas en tono irónico y un tanto crítico, sobre la vanidad de los hombres y particularmente de los escritores que creemos dejar nuestras palabras para un futuro que soñamos como una eternidad. En eso me ocupo ahora. ❧